mucho caso de los de mérito, que nunca son los que se expatrían) pasase á mi posteridad."

Recrudeciéronse estos sentimientos del Duque con la venida de Crillón, y tocóle el turno á la Duquesa de aplacarle y abogar por las fiestas y complacencias diplomáticas, á fin de no despertar la suspicacia de Floridablanca con algún desaire hecho á Crillón, buen General por su parte, á quien venía de casta el valor y la pericia en cosas de guerra, como descendiente que era de aquel bravo Crillón á que escribió Enrique IV: "¡Ahórcate, Crillón!, que hemos vencido en Arques, y tú no estabas allí."

Cumplióse mientras tanto el plazo señalado por el doctor Petit para la curación de Victorio Amadeo, y aunque el niño mejoraba visiblemente y robustecíase en gran manera, todavía le pareció débil á su impaciente padre, y resolvió pedir tres meses de licencia á Carlos III para llevarle á España y dejarle allí con su madre, si aquel clima le sentaba mejor que el de Italia. Vino concedida la licencia á fines de Julio de 1781, y fijóse la partida para el otoño, retirándose mientras tanto la familia á la viña Reviglasco, distante tres millas de Turín. Llegó á ella el P. Pignatelli el 7 de Agosto con intento de pasar con sus sobrinos el verano, como había pasado ya los dos antecedentes; mas una desgracia imprevista trastornó estos sencillos planes, sumiendo á los Duques en el mayor desconsuelo. El 9 de Agosto atacó á la niña María una fuerte calentura, y temiendo el méico se declarasen las viruelas, determinaron separarla de su hermanito. Lleváronla á Turín la Duquesa y el P. Pignatelli, y quedóse el Duque en Reviglasco al cuidado de Victorio. Al amanecer del otro día murió la niña en brazos de su santo padrino el P. Pignatelli, y el Duque, incrédulo y orgulloso, que un año



antes hubiera desafiado á Dios mismo, al sólo pensamiento de perder uno de sus hijos bajaba la cabeza, y escribia sumiso y resignado esta hermosa frase: "¡Gracias sean dadas al Todopoderoso, que me ha dado conformidad para llevar este golpe! Poco después de las siete de la mañana recibí la fatal noticia. La Duquesa vino á las doce y media con sospechas de nuevo embarazo. ¿Querrá Dios que le ofrezca otro sacrificio?"

Aquella desgracia precipitó la marcha de los Duques, y salieron de Turín el 9 de Septiembre de 1781. El P. Pignatelli les acompañó hasta Lannebourg, al pie mismo del Mont-Cenis, y allí se separaron. Los Duques prosiguieron tristemente su viaje, sintiendo no poder llevar consigo á España al santo desterrado. Este volvióse de allí á Bolonia, sabiendo muy bien que la tierra entera es el destierro, y que la patria sólo está en el cielo.

## XX.

Entraron los Duques en España por Perpiñán y legaron á Pedrola el 17 e Octubre, deteniéndose antes en Barcelona ocho días, en una casa de campo del Conde del Asalto, que era entonces Capitán general del Principado. Confesaron y comulgaron ambos esposos el día siguiente á su llegada en Sarriá, y allí encontraron á la Condesa de Peralada, Doña Teresa Palafox, cuyo marido se hallaba entonces preso en el castillo de Pamplona por los cargos que resultaron contra él en el extraño proceso de *La Bella Unión*, Sociedad secreta denunciada en 1777, y compuesta de mujeres perdidas y hombres sospechosos que tenían mucho de libertinos y no poco de impíos sectarios.

En Pedrola recibió la Duquesa con singular contento la visita de su excelente amiga la de Béjar, que llegó allí el día 30 de Octubre de paso para Zaragoza. Durante la ausencia de la Villahermosa había enviudado Doña Escolástica, y negádose también á contraer segundas nupcias con el joven y apuesto Príncipe Manuel de Salm-Salm, [1] cuya irreligión y esceptismo repugnaban á la noble viuda, modelo de virtudes cristianas en este estado, como lo había sido en el del matrimonio. Tres días pasaron juntas en Pedrola las dos buenas Duquesas, y al cuarto, que fué el 2 de Noviembre, salieron los Villahermosa para Madrid, y siguió la de Béjar para Zaragoza, donde tan breves debieron ser los negocios que la llevaban, que cuatro días después reuníase de nuevo con sus amigos en Agreda, donde se detuvo Villahermosa para saludar á su tío carnal D. Manuel Azlor, Virrey y Capitán general que era del reino de Navarra. Esperábale éste en la posada del lugar que había adornado con alfombras y tapices, y acompañábale su esposa Doña Petronila de Villavicencio, y dos de sus hijos, un niño y una niña: esta última, que contaba entonces seis años, llamábase Doña María de Consolación, y había de ser más tarde, con el nombre de Condesa de Bureta, una de las figuras más nobles y simpáticas que registra en sus anales la historia contemporánea de España.

Esperaban á los viajeros en la Puerta de Alcalá, la Condesa del Montijo y D. Carlitos Pignatelli, que tenía entonces dieciséis años, y sin quitarse aquéllos el polvo del camino, fueron todos juntos al Monasterio de las Salesas para saludar á Sor María Pignatelli y presentarle al nuevo sobrino Victorio Amadeo, que pasaron á las monjas por el torno, y anduvo de mano en mano por toda la Comunidad, sin dar muestras de susto ó extrañeza. Esta nueva estancia de la Duquesa en Madrid, lejos de hacer su vida más disipada, hízola, por el contrario, más recogida y devota, no sólo porque á ello la impulsaban sus deseos de perfección y natural tendencia, sino por la falta de ocasiones que para vida contraria había entonces en la corte; pues sin desaparecer del todo el espíritu afrancesado en modas, ideas y costumbres, que inspiró años antes al P. Isla su célebre aleluya

Yo conocí en Madrid una Marquesa,
Que aprendió á estornudar á la francesa,

habíanse alejado ya de la escena varios de los personajes que mantenían y propagaban en cenrros aristocráticos estas innovaciones, por malvados cálculos de propaganda volteriana: los petimetres y lechuguinos acentuaban por su parte la nota manolesca que había de alcanzar su mayor boga en el reinado de Carlos IV, frecuentaban más los garitos que los salones, lucían con más garbo la redecilla que la peluca, y oían con más gusto que en años anteriores á la Marcuci y la Lancaster, al *tío Paquete*, el popular ciego de las gradas de San Felipe el Real que retrató Goya. (1) verdadera celebridad de entonces, que arrancaba aplausos de las más aristocráticas ma-

[1] Era hermano de la Duquesa del Infantado, y el mismo que tuvo meses antes la cuestión ó desafío, que ya mencionamos, con el Conde de Fuentes, D. Luis Pignatelli.

(1) Posee en la actualidad el original de este retrato nuestro respetable amigo el Excmo. Sr. Marqués de Heredia.

nos, cantando no ya en calles y plazas, sino es muy dorados estrados:

"Vale más un cachete
De cualquier maja,
Que todos los halagos
De las madamas;
Porque se arguye
Que todo esto es cariño
Y el otro embuste."

De donde resultaba que las damas más cultas y severas que nunca quisieron seguir los harto calumniados derroteros de la Duquesa de Alba, más ligera que corrompida, ni los de la misma María Luisa, verdaderamente liviana, limitasen su sociedad á reducidas tertulias de familia, y sólo se dejaran ver en las grandes solemnidades de la corte y en las fiestas de las Embajadas. No se creyó, sin embargo, la Duquesa obligada en Madrid como en Turín á presentarse con frecuencia ni en unas ni en otras, y en todo aquel año que pasó en Madrid con el Duque, sólo tres veces estuvo en Palacio para hacer su corte á la Princesa de Asturias y á la vieja Infanta Doña María Josefa, y tan sólo se creyó obligada á asistir en todo este tiempo á una comida dada por el Nuncio, Mons. Colonna, su próximo pariente, y á la fiesta celebrada por el Embajador de Francia con motivo del nacimiento de aquel desgraciado niño que había de designar más tarde la historia de las grandes desventuras con el nombre de Luis XVII. La Duquesa cumplía sin embargo, ceremoniosamente con todas sus relaciones de amigos y parientes, de modo que nadie pudiera creerse desatendido ó desairado; mas de ordinario empleaba el día entero en sus ocupaciones domésticas, sus prácticas de devoción ó caridad, y sólo frecuentaba el trato íntimo de la Duquesa de Béjar, las Condesas del Montijo y de Aranda y de su tía la Marquesa viuda de Villafranca, Doña María Antonia de Gonzaga, hermana menor de la difunta Condesa de Fuentes. Por las noches venía diariamente la Duquesa de Béjar á hacerla compañía mientras cenaba, aunque se hubiesen visto ya aquel mismo día, y retirábase á la campanada de las diez, en silla de manos, á su casa de la calle de Alcalá, esquina del Prado. En una ocasión, sin embargo, mostró la Duquesa decidido empeño en ir al Real Sitio de Aranjuez, donde se hallaba la corte, y fué, en efecto, y allí estuvo tres días consecutivos con su tía la Marquesa de Villafranca y dos hijas de ésta. Mas no tenía por objeto aquel viaje de la Duquesa hacer la corte á ningún Príncipe, ni visitar á ningún Grande, ni disfrutar tampoco de alguna de las fiestas reales que en obsequio de altos personajes solían celebrarse todavía en Aranjuez de vez en cuando: el personaje á quien iba la Duquesa á ver y á oir, era más que todo eso, era Fray Diego de Cádiz, el capuchino extraordinario, verdadero apóstol de Dios, que recorrió por aquel tiempo la España entera, haciendo prodigios que no se veían y prodigios que saltaban á la vista, ora atrayendo la lluvia sobre los campos con su palabra, como en diversos pueblos de Andalucía, ora deteniéndola sobre su auditorio, como en Córdoba en 1778, siempre trocando las almas más empedernidas al eco sobrenatural de su avasalladora palabra, como dejó consignado en hermosos versos un testigo de mayor cuantía, por ser de los volterianos más endurecidos é impenitentes de aquel tiempo que alcanzaron todavía los nuestros.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

"Yo vi aquel fervoroso capuchino,
Timbre de Cádiz, que con voz sonora,
Al blasfemo, al ladrón, al asesino,
Fulminaba sentencia aterradora.
Vi en sus miradas resplandor divino
Con que angustiaba el alma pecadora,
Y diez mil compungidos penitentes
Estallaron en lágrimas ardientes.
"Le vi clamar perdón al trono augusto,
Gritando humilde: "No lo merecemos."
Y temblaban cual leve flor de arbusto,
Ladrones, asesinos y blasfemos:
Y no reinaba más que horror y susto
De la anchurosa plaza en los extremos,
Y en la escena que fué de impuro gozo,
Sólo se oía un trémulo sollozo." (1)

Cuéntase, que predicando un día Fray Diego de Cádiz en Sevilla á más de treinta mil almas, fué tan maravillosa su elocuencia, fueron sus resultados tan grandes, que el humilde capuchino sintió deslizarse en su corazón un pensamiento de vanagloria. Mas aquella noche, cuando, retirado en su celda, hacía á los pies del Crucifijo, que no abandonaba nunca, examen de conciencia, vió que la sagrada imagen entreabría los labios y dejaba escapar en tono dulce de reproche estas palabras, que hicieron prorrumpir al santo capuchino en amarguísimo llanto:

—Diego.... ¡Qué bien *he predicado* hoy!....

Este era el verdadero secreto de su elocuencia; y cuando se leen hoy sus sermones escritos ó impresos, no puede comprenderse su efecto, sin figurarse la voz de trueno, el sobrenatural resplandor de ojos, la barba blanca, el hábito tosco, el cuerpo amojamado y seco, y, sobre todo, el fuego de amor de Dios y del prójimo que animaban esas letras muertas en boca de aquel verdadero apóstol, y hacían de su lengua la aguda espada de dos filos de que habla San Pablo.

[1] Poesías de D. José Joaquín de Moro.



La popularidad de Fray Diego de Cádiz era entonces tan grande, que las ciudades enteras se despoblaban para oirle, recibíanle en muchas bajo palio y con la tropa tendida por donde pasaba, y aun dentro del templo rodeábanle soldados para impedir que la indiscreta devoción de muchos cortase pedazos á su hábito. [1] Por aquel año de 1781 vino el santo Misionero á predicar en Aranjuez la novena de San Antonio, en la capilla de este Santo, que tenían entonces eu el Real Sitio los Religiosos franciscanos de la Esperanza, y entonces fué cuando la Duquesa de Villahermosa hizo este viaje para oirle, con su tía la Marquesa de Villafranca. Era ésta muy devota y amiga del santo capuchino, y proporcionó á la Duquesa una entrevista con él, y también otras varias al Duque, que se confesó con Fray Diego muy detenidamente, con gran provecho de su alma, si ha de juzgarse por los resultados. Poco después de esta confe-

(1) Este venerable varón llamábase José Caamaño y Garci-Pérez Redondo de Burgos, si bien tomó al profesar, según costumbre de su Orden, el nombre de Fray Diego de Cádiz. Nació en esta ciudad el 30 de Marzo de 1747. Su padre era de Tuy, su madre de Ubrique, aunque de familia oriunda de Jerez de la Frontera. Tuvo una hermana que se llamó Doña Leonarda, y á dos hijas de ésta, Doña Francisca y Doña Ramona, dió su santo tío el hábito en el convento de Dominicas del Espíritu Santo, de Jerez de la Frontera, donde vivieron y murieron como ejemplares religiosas.

sión y estas pláticas con Fray Diego de Cádiz, escribía Villahermosa en su diario estas palabras que revelan no haberse descuidado el capuchino en apretar los tornillos al noble Duque. "Estuve á comer en casa del Ministro de Rusia. ¡Qué profusión! ¡Qué banquetes, donde jamás se piensa ni se habla de Dios! ¡Cuánto lo que allí pasa dista de las leyes del Evangelio! No digo que sea malo: nuestro Redentor asistió al convite de las bodas de Canaán."

Alcanzó el Duque prórroga de su licencia para esperar el parto de la Duquesa, que tuvo lugar el 7 de Abril, dando á luz una niña, que bautizó D. Pedro de Silva en la parroquia de San Martín, con los nombres de María, Magdalena, Cleofé, Salomé, Casilda, Juana, Francisca, Josefa, Bibiana, Antonia, Sinforosa. Por aquel tiempo hizo el Duque en Madrid una compra de importancia que tuvo más tarde no poca trascendencia. Había entonces en la carrera de San Jerónimo, en el solar que ocupa hoy el palacio de Villahermosa, un gran caserón antiguo con vasto jardín que se extendía por el sitio en que está hoy la calle del Sordo, hasta la iglesia de San Fermín de los Navarros. Era propietario y único inquilino de esta especie de palacio encantado un viejo extravagante, muy protegido de Grimaldi, que vivía allí escondido y olvidado, después de haber dado mucho juego, años antes, en todos los tratos y manejos de *golillas* é italianos: era este personaje último vástago de la ilustre familia de los Pico de la Mirandola, y conocíale todo el mundo en Madrid con el nombre de *el Abate Pico*. Ocurriósele, pues, á este Abate Pico vender su casa á Villahermosa, y aceptó éste la propuesta con intento de levantar sobre aquélla un palacio suntuoso para sí y para su descendencia. Cerróse el trato, pagóse el precio, y el Abate, que sobre



ser avaro y astuto era también tramposo, excusóse de evacuar la casa en el momento, por razón de grave enfermedad que le postraba en el lecho. Comenzó entonces á urgir Floridablanca la vuelta á Turín de Villahermosa, y como conociese éste que el niño Victorio se fortalecía más en Madrid que en la corte de Cerdeña, determinó hacer el penoso sacrificio de marchar solo á Italia, dejando al niño en Madrid con la Duquesa, que también había de quedar mientras tanto por administradora y gobernadora de todos los estados de Villahermosa. Aceptó la Duquesa muy á pesar suyo, y por puro espíritu de obediencia á su marido, tan pesada carga; mas no tuvo valor el Duque para desprenderse antes de tiempo de aquellas prendas de su alma, y parecióle menos doloroso marchar con toda la familia á Pedrola y continuar él solo desde allí su viaje á Italia, lo cual efectuaron á mediados de Junio con intento de detenerse en Pedrola hasta principios del otoño; mas á los pocos días de su llegada enferma gravemente la niña María, y murió al cabo á los cuatro meses nacida, el día 30 de Julio. La pérdida de este tercer ángel que la muerte les arrancaba de los brazos, puso á prueba la resignación cristiana de ambos esposos, cuyos sentimientos, con ser tan amargos, fueron al tiempo tan sumisos y enfrenados por la santa fe católica, que pudieron compendiarse en aquellas hermosas palabras que brotaron en caso semejante del corazón de cierto padre: "Lo que me diste para la eternidad, lo poseo todavía, aunque ya no lo veo. La muerte entró de tu parte en mi casa, llena de cunas, y sacó de ellas á mis tres hijos. Mas en presencia de la muerte, yo he negado á la muerte. Porque delante de ella, Señor, tu iglesia, madre inmortal, enciende antorchas, símbolo de la vida, y canta con voz segura tus victorias

sobre la muerte. Los que no están ya conmigo, Señor, están contigo. Sé que viven, y sé que yo también viviré. Han salido de la vida, pero no de mi vida. ¿Cómo he de creer yo muerto á lo que está vivo en mi corazón?..."

Apenas repuesta de este golpe la afligida madre, llegó á Pedrola la noticia de que la Duquesa de Béjar se hallaba en Madrid gravemente enferma. Estaba Doña Escolástica sola en la corte, pues el Conde de Fernán Núñez, su único hermano, hallábase á la sazón en Lisboa de Embajador del Rey católico. Esta triste nueva afectó tan hondamente á la Duquesa, que trastornando todos sus planes y los del Duque mismo, voló al punto al lado de aquella amiga querida, verdadera hermana de corazón, que ocupaba en el suyo el primer lugar después de su marido y de sus hijos. Acompañóla el Duque muy gustoso, quizá por encontrar ocasión de retardar algo su viaje, y llegaron á Madrid el 21 de Septiembre, encontrando á la Duquesa de Béjar desahuciada de los médicos. Catorce días seguidos pasó la Villahermosa sin separarse un momento de la cabecera de su fiel amiga, y recibió al cabo de éstos su último suspiro, el día 5 de Octubre, á las diez menos cuarto de la noche. Contaba Doña Escolástica tan sólo treinta y cinco años, y con ella perdió la Duquesa la prudente consejera y la cristiana amiga que desde su niñez le había aconsejado y animado á la virtud con la práctica de sus santos ejemplos. Enterraron su cuerpo, por privilegio especialísimo con que quizo Carlos III honrar las virtudes de aquella ilustre dama, modelo de grandes señoras, en el Real Monasterio de las Salesas, donde se había educado. En su testamento nombraba por albacea al Duque de Villahermosa, y este piadoso cargo dió motivo al agraciado para detenerse



en Madrid más tiempo del que pensaba. Mas no tardó en disponer sigilosamente su partida, y sin revelar el día ni la hora de ésta más que á su grande amigo D. Pedro de Silva, salió de Madrid el 12 de Octubre, fiesta de la Virgen del Pilar, sin atreverse á dar el último adiós ni á su esposa ni á su hijo. En la siguiente carta, primera que le escribió ésta después de su partida, están pintados con ingenua sencillez los sentimientos de la Duquesa al separarse por primera vez de su esposo después de doce años de matrimonio.

"*Madrid* 14 de Octubre de 1782.

"Duque mío de mi alma y de mi vida: ¡Puedes considerar con qué corazón te escribo esta primera carta! Sólo Dios lo sabe, y espero de su bondad que por lo que me ha costado este doloroso sacrificio de nuestra separación, me concederá lo que le pido y deseo con toda mi alma, y es que nos volvamos á ver y yo tenga el consuelo de verte bueno y de presentarte al niño fuerte y robusto. Gracias á Dios, va ahora muy bien; come y duerme grandemente y está de hermoso color: ayer y hoy ha ido á pasear; y ayer, que fué al Prado, le pasaron por la plaza y estuvo loco de ver la fruta, pero el angelito me quebraba el corazón el día que te fuiste, porque te estaba llamando á voces, y muchas veces como que se acuerda y á mi no me quiere en su cuarto. Hoy también te ha nombrado *papá*, luego que le he hablado de tí, y enseñándole tu retrato te ha reconocido y hecho algunas fiestas; pero es muy malo, porque quería jugar con la papelera y no ha querido besarte. Le he hecho venir á la mesa anteayer y ayer, y hoy vino cuando ya nos levantábamos, y le he dado su fineza, un biz-

cocho y uvas: en fin, desde que te has ido, me parece se me ha doblado el cariño y cuidado, y como que le tengo lástima, porque no tiene un padre tan tierno como tú que le cuide, y así procuro hacerlo yo por los dos.

"Ahora que te he dicho cuanto ocurre del niño, voy á hablarte de mí. El día de la Virgen estaba ya recelando que me la habías de pegar, y en consecuencia hice mis devociones y súplicas en la Comunión, temiendo que al volver á casa tal vez me dirían que te habías ido. Vine, pregunté si oías Misa en casa, dijéronme que habías salido á oirla fuera; yo me fuí con mucha prisa á la fiesta del Pilar, y encargué que Cayetano barriese mi cuarto. Por mil historias largas de contar, tuve que ir á Misa de una al Buen Suceso. Cuando volví, dije te avisasen en viniendo que comeríamos: de allí á poco vino Perico. (1) hablamos de varias cosas, y al cabo de un rato dije: "No sé cuando vendrá el Duque para que comamos." Y él respondió riendo: "Puede ser que no venga." Con esto caí de mi asno, le hice que se explicase, y como es regular, lloré un poco; comimos con Serrano, (2) que se quejó mucho de que tú no se lo hubieras dicho. Fuimos después á oir la plática del P. Comenge, [3] y le hice decir, al acabarla, que te habías ido; también se quejó al criado, diciendo: "Pues se ha ido *sin despedirse de mí*." Aún aguardo su visita, que sabes me ofreció; pero, gracias á Dios, puedo decirte que lo necesita por lo que toca á consolarme, pues

(1) D. Pedro de Silva.

(2) D. Francisco Serrano, capellán de las Descalzas Reales.

[3] El P. Juan Andrés Comenge, del Oratorio de San Felipe, confesor entonces de la Duquesa.



patentemente he visto la protección de Dios en esta ocasión, porque, como sabes, estaba ya muy perdida y rematada el viernes, y eso que no sabía estaba tan cerca mi trabajo. ¿Pues qué hubiera sido en la hora y día que llegó, si Dios no me hubiera asistido? Creo que me hubiera desesperado; pero así en este como en el pesar anterior, (1) me ha dado Dios una serenidad y constancia de ánimo, que he estado tan regular con todos como si no hubiera tal pesar, é interiormente un dolor muy grande y mucha amargura, pero con serenidad y paz y aun consuelo de ver lo que Dios hace y cómo me ayuda. En esto he visto evidentemente cómo en estas dos ocasiones me ha mostrado el Señor lo que soy de mí, y mi flaqueza, que no le podría hacer el menor sacrificio, y después en llegando la hora de consumarle, me ha quitado el trabajo y me ha sostenido. Deseo y espero que habrá hecho lo mismo contigo, y así se lo he pedido, y aunque fuera á costa mía; pero creo te ha tratado como á fuerte, por las expresiones de tu carta de Galapagar, que, aunque breve, explican un penetrante dolor. Dios quiera endulzarle, y para que así lo haga, te he puesto particularísimamente bajo la protección de María Santísima, y he mandado decir una Misa todos los días en su altar del Pilar, hast que sepa tu llegada, para que sea con toda felicidad, salud y consuelo, y he entrado en la Congregación de Nuestra Señora, y te he hecho inscribir á tí y al niño, para que nos cuide á todos y te dé salud á tí, y cuides de tu casa y familia, y también he hecho decir Misa á San Francisco de Borja para lo mismo, y le haré una novena de Misas: esto es cuanto puedo hacer. Pero para que veas las cosas de Dios, la lectura que hice

(1) La muerte de la Duquesa de Béjar.

el sábado, al volver á casa después de la plática, fueron dos cartas de Fenelón, tan al caso como la del viaje que sabes: en la imitación lo mismo, y al día siguiente, la Misa parecía que el introito era hecho para nosotros. y así todo esto me pareció particular providencia. En fin, Duque mío, al acostarme fué lo peor y cuando más siento mi soledad. como á la cena, pues juntamente me han faltado las dos personas de mi mayor amor, que me acompañaban á aquella hora; [1] pero ayer puse el cuadro nuevo de la Sacra Familia al lado de mi cama donde estaba el otro, y anoche me parecía que María Santísima me hacía compañía, y con este pensamiento me procuro consolar. Y cierto que, pues todo esto sufrimos por hacer la voluntad de su Santísimo Hijo, no nos abandonará esta Señora, sino que desde el cielo nos mira con amor y nos ampara: en esto has de pensar, Duque mío, y confiar en Dios y en su madre, que nos volverá como tú dices á juntar en su amor para siempre, y no puedo dejar de añadirte cuánto consuelo me da el ver que vas con Dios; con tal compañía nada te falta; si hubiera sido en otras circunstancias, [2] no me quedaría consuelo, sino la voluntad de Dios; ésta se cumpla en todo y por todo para su mayor gloria."

Prosigue después narrando detalladamente al Duque cómo tomó posesión del gobierno de la casa, reuniendo solemnemente á toda *la familia* de criados mayores y menores, y presentándoles al nuevo contador

(1) El Duque su marido y la Duquesa de Béjar, que, como dijimos antes, venía todas las noches á darle conversación mientras cenaba.

(2) Alude á los años anteriores de vida escéptica y disipada del Duque.



que había nombrado, D. José Jiménez, al archivero y al tesorero D. Manuel García Aldeanueva. En este punto queda interrumpida esta interesante carta, por hallarse mutilada y en extremo deteriorada por la acción del tiempo.

## XXI

La vida de la Duquesa durante estos meses que pasó separada de su marido, ha quedado consignada por ella misma, día por día y pensamiento por pensamiento en las cartas semanales que escribía al Duque. Conservólas éste. sin duda, como libro precioso en que podía encontrar sana y espiritual doctrina y consejos atinados y prudentes, y así ha llegado á nosotros esta curiosa correspondencia, incompleta y deteriorada, pero capaz aún de dar idea exacta de la sencilla virtud, el claro entendimiento y la elevada vida espiritual de la Duquesa de Villahermosa. Extractaremos, pues, estas curiosas cartas, procurando conservar la ingenua sencillez de su desaliñado estilo. falto en absoluto de pretensiones; la exacta y curiosa pintura de la vida íntima de una gran dama de su época; la santa diplomacia de esposa y madre cristiana con que pone siempre por delante la salud y las monadas del hijo, para asestar al padre amorosos golpes que le afirmen en la práctica de la virtud, sabiendo muy bien que el amor á su hijo era el que había despertado el amor á Dios en aquel corazón antes seco y descreído, y, finalmente la graciosa falta de ilación y de estudio con que mezcla á veces detalles caseros y pormenores vulgares, con profundas observaciones que revelan su entendimiento y su mundo, y claras luces del cielo que prueban su gran-